

por la insignificante cantidad expresada, no es posible que lo hubiera dispuesto quien, como Alvarado, estaba dotado de suma perspicacia, ni es posible que lo crea, de buena fé, ningun escritor de mediano criterio.

No cruzó ese vil pensamiento de avaricia por su pensamiento, ni nunca le ocurrió á ninguno de los soldados que componian el ejército de Cortés, que hubiese obrado por el innoble afan de coger oro. Ese bastardo sentimiento se le atribuyó por algunos escritores, despues de haber transcurrido varios años de la conquista. Su objeto fué, dice Bernal Diaz, sin aprobar el hecho, evitar que le fuesen á combatir, como temia: «verdaderamente dió en ellos,» añade, «por metelles temor. Lo demás que dicen algunas personas, que el Pedro de Alvarado, por codicia de haber mucho oro y joyas de gran valor con que bailaban los indios, les fué á dar guerra, yo no lo creo, ni es de creer que tal hiciese.» El sincero y franco veterano, asegura en seguida, terminantemente, que «todo lo que dice el obispo Fray Bartolomé de Las Casas sobre ese punto y otros, es absolutamente falso, pues que nunca pasaron (1).»

El hecho, aunque reprobable y sangriento siempre, presenta un origen menos oprobioso y bastardo. El historiador, al hacer el retrato, debe presentar al personaje con las sombras propias que en su actitud pre-

(1) «Que lo demás que dicen algunas personas, que el Pedro de Alvarado, por codicia de haber mucho oro y joyas de gran valor con que bailaban los indios, les fué á dar guerra, yo no lo creo ni nunca lo oi, ni es de creer que tal hiciese, puesto que lo dice el obispo fray Bartolomé de Las Casas aquello y otras cosas que nunca pasaron, sino que verdaderamente dió en ellos por metelles temor.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq. cap. CXXV.

senta, pero no está autorizado para colocarle en una posicion que no ha tenido, haciendo que se extiendan mas aquellas. Pedro de Alvarado creyó que destruyendo á los nobles que juzgaba dispuestos á combatirle, el pueblo quedaria aterrado y sumiso. Habia visto en Cholula operarse un cambio favorable con la terrible escena verificada en los cuarteles, por orden de Cortés, y creyó que el resultado seria idéntico. Se olvidaba de que para alcanzar el mismo fin, hubiera sido preciso obrar de igual manera que el modelo que se propuso seguir. Hernan Cortés tuvo en Cholula las pruebas seguras de un plan perfectamente combinado por la nobleza y los jefes choluleses para destruirle. No eran solo los avisos de los tlaxcaltecas y de Cempoala los que le denunciaron la conjuracion, sino que adquirió la evidencia del proyecto, por habérselo descubierto Marina, la esposa de uno de los caciques y capitanes, y por medio de dos notables sacerdotes que hizo comparecer á su presencia. La ciudad estaba dispuesta para el combate. Se habian levantado trincheras en las calles: las azoteas de las casas y las torres de los teocallis se encontraban llenas de guerreros: profundos hoyos con agudas estacas en el fondo. se habian hecho en los sitios por donde la caballería debia manobrar; y los escuadrones auxiliares nombrados para acompañarles, debian caer sobre la retaguardia de los españoles en un momento dado. Las tropas, los capitanes y los nobles choluleses entraron al cuartel castellano con sus armas, acariciando la idea de alcanzar un completo triunfo. Las cuerdas para atar á los prisioneros estaban dispuestas, y hasta se tenia señalado el nú-

mero de españoles que se sacrificarían en Cholula y los que sufrirían igual género de muertes en el gran teocalli de Méjico. Aun así quiso Hernán Cortés, antes de obrar contra los autores del plan, hacerles ver que no obraba por encono ni por capricho. Llamó á los jefes choluleses, que iban al frente de sus guerreros; les echó en cara, delante de éstos, lo que habían dispuesto contra él; y cuando confesaron que era cierto, dió la voz de guerra á sus soldados, sorprendiendo así á los que trataron de sorprenderle; dando la muerte á los que tenían dispuesto dársela. El ardid de los choluleses fué vencido por otro ardid, único medio que tenía el caudillo español para salvarse.

El rigor de Cortés produjo la sumisión, la obediencia, el respeto y el deseo de su amistad; porque los gobernantes, los nobles, el ejército y el pueblo, tenían la conciencia de haber dispuesto, con efecto, conducirlos al sacrificio. Creyeron á los españoles, seres que veían los pensamientos, puesto que habían descubierto su plan; y juzgaron que habían obrado como ellos lo hubieran hecho en igual caso. Vieron luego á Cortés perdonar á varios personajes que tenía presos; que prohibió á los tlaxcaltecas hacer daño á mujeres, ancianos y niños; y como aquellas naciones no respetaban en sus guerras á esos indefensos seres, quedaron cautivados de ver respetadas á sus esposas y tiernos hijos. Pero Alvarado había hecho lo contrario que Cortés. Sin más pruebas que sus sospechas y los avisos de los tlaxcaltecas, lanzó sus soldados sobre los nobles en una función completamente extraña á la guerra, á donde habían asistido sin armas. Los gobernantes, el ejército, el pueblo y

las familias de las víctimas, tenían la conciencia de no haber dado motivos á la sangrienta escena que llenó de luto á la población. El atroz hecho de Alvarado, llenó á los nativos de justa y santa indignación. Vieron vertida la sangre de lo más granado de la sociedad, despojados sus cadáveres de las joyas que llevaban; y creyendo que el motivo de aquella matanza no había sido otro que la codicia, clamaron venganza; y tomando las armas, se propusieron destruir á los que hasta entonces habían respetado. Nunca pudieron persuadirse de que la muerte de los nobles había reconocido otro origen que el de apoderarse de las alhajas con que concurren á la fiesta, y aun después de la conquista lo referían así á los misioneros españoles que les instruían en la religión, en la moral y en los deberes sociales (1). Es de creerse que en la cifra á que hacían ascender los muertos haya bastante exageración, puesto que los hechos eran referidos por los profundamente agraviados; pero eso no le quita al cuadro nada de su horrible colorido. Se ve el hecho y no el

(1) El instruido y laborioso franciscano español Bernardino Sahagún, fué uno de los que escucharon esa relación de boca de los mejicanos que se hallaban en la ciudad en los momentos de la sangrienta escena. El respetable fraile estuvo sesenta años dedicado á la instrucción de los mejicanos á quienes como todos los sacerdotes que allá fueron, miraba con paternal cariño. Sahagún aprendió la lengua de ellos y se informó de su historia. Llegó á poseer el idioma mejicano con suma perfección, y escribió en él, así como en castellano, varias obras, entre ellas una en doce tomos en folio, que era un diccionario universal de la lengua mejicana, en que se hallaba todo lo perteneciente á la religión, á la geografía y á la historia política y natural de los mejicanos. También escribió la Historia general de la Nueva-España, en cuatro tomos, que contiene noticias muy importantes. El padre Sahagún, habiendo escuchado la relación del suceso de Alvarado de boca de los ofendidos, lo refirió en su historia, dando por origen el innoble sentimiento de codicia. El historiador

número de víctimas. La acción no es ni más ni menos reprochable, porque hayan sido más ó menos los que injustamente perecieron. Sin embargo, la humanidad se interesa en que fuesen menos; y la verdad histórica corresponde á ese humanitario deseo. Si los historiadores Gomara, Oviedo y otros, aprecian en seiscientos el número de muertos, cifra igual á la de nobles que afirman concurrieron á la fiesta, existe un dato para creer que padecieron un error. Nada dicen ni Bernal Díaz ni Cortés con referencia al guarismo de víctimas; pero que no perecieron, por fortuna, todos, está expresado claramente por el primero, en las palabras referidas por los enviados de Moctezuma á Cortés, al darle noticia del hecho sangriento de Alvarado. En ellas digeron al caudillo español, que Alvarado «hirió y mató á muchos nobles;» de donde se deduce que se salvó una gran parte de ellos (1).

Pocos momentos después de haberse verificado la

Gomara y el padre Las Casas tomaron de él la noticia, dando por cierto el mismo motivo, aumentando el último todo lo que á su fantasía le pudo ocurrir. El juicioso historiador mejicano Clavijero, cuyo recto juicio le coloca en un lugar distinguido entre los historiadores, al ver que los referidos escritores atribuyen el hecho de Alvarado á bastarda avaricia, dice con mucha razón: «pero yo no puedo creerlo sin pruebas más eficaces;» y se funda, para no creerlo, en que Gomara y Las Casas siguen, como he dicho, á Sahagún, «y éste,» dice Clavijero, «el informe de los mejicanos, los cuales, como eran enemigos de los españoles, no son en esto dignos de fé.»

(1) Oviedo dice: «E así los indios, todos señores, más de 600 desnudos é con muchas joyas de oro é hermosos panachos, é muchas piedras preciosas é como más aderezados é gentiles hombres se pudieron ó supieron aderezar, é sin arma alguna defensiva ni ofensiva bailaban é cantaban é hacían su areíto é fiesta según su costumbre.» (Hist. de las Ind., SM.) Se ve que hay error en el número de muertos que dice Oviedo, puesto que es igual al de nobles que asegura concurrieron; y que no perecieron todos, hemos visto ya por las palabras de Moctezuma: «E que mató é irió

sangrienta escena, en que pereció lo más selecto de la nobleza azteca, los señores, los caciques y los parientes de las víctimas, dieron el grito de guerra; y poniéndose al frente del irritado pueblo y de los escuadrones de guerreros que á sus órdenes tenían, acometieron, al rayar la aurora del siguiente día, los cuarteles de Alvarado con un furor espantoso. Unos escalaban los muros del edificio, otros minaban la fortaleza, y algunos incendiaban por varios puntos los cuarteles. El ataque fué inesperado para los españoles; pero preparándose al instante, descargaron su artillería y arcabuces sobre los asaltantes, causando grande estrago en ellos y obligándoles á retroceder.

Entonces se colocaron en los puntos convenientes para resistir á los asaltantes, que continuaban dando nuevas acometidas al edificio, procurando á toda costa penetrar en él. La noche vino á poner término á la sangrienta lucha. Los mejicanos suspendieron el ataque, amenazando á sus contrarios con destruirles al siguiente día, y Alvarado y su gente se ocuparon en reparar una parte del muro, que había quedado casi destruido, y en colocar la artillería en el sitio en que más estragos pudiera causar. El combate se renovó, no bien brilló la luz de la aurora. Los mejicanos dieron un asalto general con un ímpetu indescribible, que puso en gran peligro á los españoles. Seis de

muchos dellos.» Gomara pone la misma cifra de concurrentes que Oviedo; luego el número de muertos fué menor. El padre Las Casas, procurando ser el primero, con respecto á lo elevado de la suma, hace subir el número á ¡dos mil! Pero respecto de este último escritor, ya hemos visto que Bernal Díaz desmiente su aserto, asegurando «que los hechos que refiere el obispo fray Bartolomé de Las Casas, nunca pasaron.»

éstos habian perdido la vida defendiendo la muralla, y casi todos los demás se hallaban heridos. Pedro de Alvarado se hallaba en todas partes y los tlaxcaltecas ayudaban á sus aliados como leales y valientes. La artillería y los arcabuces abrian grandes claros en los asaltantes; pero los claros se llenaban por nuevos guerreros que acometian con indecible ardor, despreciando la muerte. La situacion de los españoles era extremadamente crítica. En los momentos mas terribles del combate, se dejó ver Moctezuma al pueblo y al ejército, desde las habitaciones que ocupaba. La multitud se detuvo al presentarse y suspendió la lucha. El respeto á la sagrada persona del soberano, suspendió de repente las hostilidades. El monarca azteca habló á la multitud, pidiéndole que no asaltase los cuarteles, pues de ello dependia su seguridad personal. La orden del soberano fué acatada; pero no porque desistieron de asaltar el cuartel, dejaron de continuar de otra manera sus hostilidades contra los españoles: Quemaron los bergantines que Hernan Cortés habia hecho construir para salir de la ciudad en ellos, en caso de ver cortadas las calzadas, y se propusieron hacer rendir á la guarnicion por hambre. Para conseguirlo, ocuparon todos los edificios que rodeaban el palacio de Axayacatl; levantaron los puentes de las calles; hicieron un ancho foso al rededor del cuartel, para evitar que ninguno saliera, y esperaron el resultado seguro que se habian propuesto.

Angustiosa y crítica era la situacion de los españoles. Merced al genio previsor de Cortés, tenian aun algunos víveres. Sin embargo, el agua faltó desde el momento del sitio. Dentro del edificio habia, es cierto, estanques y po-

zos; pero el agua era salobre, y pronto empezaron á enfermarse con ella. Afanosos de ver si encontraban el precioso líquido, hicieron un pozo en el patio, que la fortuna dispuso que fuese de agua dulce. Este feliz hallazgo les llenó de alegría, y en las aflictivas circunstancias en que lo encontraron, lo atribuyeron á favor manifiesto del cielo (1). Sin embargo, aquello no era mas que un alivio á las muchas penas que les aquejaban. La mayor parte se hallaban heridos y se veian precisados á permanecer constantemente sobre las armas. Se veian lejos de la costa, imposibilitados de salir de la capital; ignorando lo que habia sido de Cortés y sus compañeros; sin recursos de ninguna naturaleza; agotadas casi las municiones y mirando alrededor del edificio numerosos batallones de guerreros que les cerraban el paso, esperando el momento de apoderarse de ellos para conducirles á la piedra del sacrificio. En estas aflictivas circunstancias se encontraban, cuando llegó á salvarles la llegada de sus antiguos compañeros.

Escuchó Hernan Cortés atentamente la relacion de Alvarado, y comprendió que se habia equivocado en confiarle el puesto delicado en que le dejó. Le habia elegido porque era el predilecto de Moctezuma y veia en él valor, lealtad, franqueza y actividad. Por desgracia, á estas bellas cualidades no acompañaban la moderacion, el exámen y la prudencia, dotes indispensables en los que mandan, y vió, con sentimiento, defraudadas las esperanzas que habia puesto en él al alejarse de Méjico.

(1) «Todo fué muchos bienes que nuestro señor Dios nos hacia.»— Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

El general español le hizo algunas preguntas respecto al sangriento suceso de la nobleza. Alvarado explicó el motivo que tuvo para dictar la providencia contra ella. Hernan Cortés comprendió, desde las primeras palabras, que la imprudencia había dictado la trágica escena, y profundamente indignado de la conducta de su lugarteniente, le dijo con marcado enojo: «Habeis obrado muy mal: vuestro proceder ha estado en pugna con la justicia, y habeis procedido en todo con inconcebible ligereza» (1). Y lleno de amargura y de disgusto, le volvió la espalda, y se alejó sin esperar contestacion.

Hernan Cortés podia haber dicho entonces, con razon, aquellas palabras que otro general moderno pronunció mas tarde, al saber la pérdida de una batalla dada por uno de sus generales: «Yo no puedo estar en todas partes.»

Si las circunstancias hubieran sido menos comprometidas, sin duda que le hubiera aplicado un castigo bien severo; pero no era aquel el momento á propósito para ejercer inflexible justicia. Se hallaban todos amenazados de un inminente peligro, y no creyó que era prudente ponerse en pugna con uno de los capitanes mas valientes y populares de su corto ejército. Se hallaban encerrados dentro de un círculo de numerosos escuadrones, y eran precisos los esfuerzos de todos para romperlo por alguna parte y salvar la vida.

(1) «Le dijo muy enojado, que era muy mal hecho, y grande desatino, é poca verda.»—Bernal Diaz.

## CAPITULO XII

Hostilidades de los mejicanos contra Cortés.—Asaltan los cuarteles españoles.—Cuitlahua, hermano de Moctezuma dirige los ataques.—Varios combates en las calles.—Salva Cortés á Andrés del Duero.—Moctezuma habla al pueblo y recibe una pedrada.—Nuevos combates.

**1520.** Todo el dia de la llegada de Cortés fué del regocijo para los soldados de Pedro de Alvarado, que se creian libres de nuevos asaltos, y al noche la pasaron entregados al reposo de que no habian disfrutado hacia mucho tiempo.

Al brillar la luz del nuevo sol, y correr las primeras horas del 25 de Junio, Hernan Cortés subió á la azotea del edificio y dirigió la vista hácia distintos rumbos de la ciudad.

La soledad seguia reinando en las calles, lo mismo que en los momentos de su entrada. Ninguna canoa cruzaba por los canales conduciendo víveres, y los